

## Don nadie



**Fredy Gonzalo Rodríguez Sánchez**

Licenciatura en literatura y lengua castellana.

CAT Kennedy

**A**hí estaba yo, justo al lado de un contenedor de basura, armando lo que sería la cena de esa noche, un “carro”, bazuco que siempre calma mi hambre y me ayudaba a conciliar el sueño (la calle a veces puede ser muy ruda) mientras prendía y le daba vida a mi vicio, me iba elevando cada vez más y más, me exiliaba de mi cuerpo y mi mente divagaba con objetos imaginarios, con personas muertas o desconocidas; nunca hubo un mal viaje, solo habían viajes al pasado, recuerdos borrosos de lo que fue mi vida antes de la calle, antes de la basura, del frío asfalto, de las miradas asqueadas y de la indiferencia humana, es inquietante como un baño y un poco de jabón pueden ponerte en una posición de superioridad.

Si usted me pregunta mi nombre, tengo que responderle que no sé, y es la verdad; dentro de todas las cosas que perdí, también está mi identidad, y creo que es lo que más me duele, no saber quién soy, verme en un espejo y no reconocirme, sentir que este cuerpo no es mío. Aquí los parceros me dicen “chinche” y es porque de pelado era el más pequeño de una gallada de mocosos que nos dedicábamos a robar comida, sobre todo

cuando nos trabajábamos con marihuana, yo no sé si ustedes sepan, pero la “yerba” le alborota a uno la “gurbia” y pues cuando el estómago manda el cerebro no piensa por eso fue que se bajaron a más de uno, de ese entonces solo quedamos la pecas y yo, esa pelada es como mi hermana, aunque creo que esa comparación no cabe aquí porque nos hemos comido un par de veces, ella es más bien como mi familia, o al menos es la única familia que tengo presente.

A veces cuando estoy muy trabado, me acuerdo de pequeñas cosas de mi familia de antes, pero son cosas que no me gustan mucho, se las cuento a ustedes porque al igual que yo tampoco me conocen. Recuerdo que cuando estaba pelado le di unas puñadas al cucho porque se la pasaba azarándome y le daba re duro a mi cucha, siempre que llegaba borracho la cogía con todos en el rancho, una noche, bien noche, llego a darle palo a mi mamá, le pego tan duro que la dejo tirada en el piso botando sangre por una oreja, después se metió en la pieza y cogió a mi hermana mayor le tapó la boca y le quito la pijama, empezó a tocarla por todo lado como un enfermo, como un poseído, como un desquiciado; entre todo eso él no se pilló cuando yo me levante de la cama y salí a buscar algo para defender a mi hermana, lo primero que encontré fue un machete todo oxidado que alguna vez sirvió como herramienta de trabajo del cucho. Con el machete en mano entre a la pieza cegado por la ira y me mande dos machetazos por la espalda, cuando la sangre empezó a brotar y él se retorció por el dolor, mi hermana me quito el mache y estando él en el piso, le mando otro machetazo por el pene que lo saco a volar, terminando estrellado contra la cortina de la pieza. Cogí lo que había por ahí, un par de mudas y me fui de la casa esa misma noche, yo creo que mi hermana se volvió loca porque cuando iba saliendo por la puerta lo último que vi fue a ella queriéndole pegar el pene a mi papá.

Ahora estoy aquí, fumando bazuco mientras los transeúntes me ven desde las ventanas de sus carros o desde los trasmilenios, mirándome sin mirar, porque aunque estoy aquí, para ellos yo no existo, soy un rostro vacío, soy una mirada perdida, soy una cifra más en esta gran ciudad. Sin embargo, no me avergüenzo ni siento pena de lo que soy, más bien yo siento pena por ellos que viven la vida sin saber siquiera que es; enfrascados en ataúdes rojos o azules viendo la vida por la ventana.

Aunque esta ciudad es caótica y frenética, yo siempre la he sentido lenta porque al aceptar que no tengo un propósito para vivir me puedo permitir disfrutar de la lentitud porque en ella se aprecia la belleza de la vida; bello no es el incesante aleteo de un colibrí, bello es ver el crecimiento de un diente de león que se destruirá con el primer viento. La calle siempre es dura y siempre lo será, muchas veces no se alcanza a “retacar” para el bazuco y toca chuparse el frío inmisericorde de la Bogotá nocturna, otras veces no hay ni pa’ un pan y toca buscar en la basura de los barrios finos, y uno encuentra, pero toca pegarse una “patonia á” muy brava. No obstante, aquí afuera me siento vivo, por lo menos más vivo que esos que van pasando; sus rostros lo dicen todo, el peso de la vida los abate contra el suelo y la gente (que siempre juzga) los obliga a cargar el peso de las expectativas sociales, que difícil es ser un ciudadano “normal” siempre corriendo, sin tiempo para apreciar las pequeñas maravillas, sin tiempo para ver la hermosura que se esconde en medio del caos, como la margarita que nace en medio de la grieta del asfalto o el arcoíris momentáneo que nace del matrimonio de un suave rocío y el sol moribundo de la tarde. Ahora veo como ellos, los ciudadanos “normales”, entran en una menopausia anímica que es apresurada por un egocentrismo latente, que frustrante debe ser vivir así, sin tiempo para poder alimentar el alma; si tuviese que elegir entre alimentar el cuerpo y alimentar el alma, viviría en constante desnutrición pero con un alma mórbida.

Ahora me doy cuenta que soy millonario, aunque no tengo riquezas me sobra tiempo para escribir estas líneas mientras fumo y me pregunto ¿alguien tendrá tiempo para leerlas?

## Rosalba



Los fuegos artificiales me despertaron, los destellos de la pólvora se colaban por mis corroídas cortinas e iluminaban fugazmente mi habitación vacía. Me levanté rabioso y con los ojos medio pegados, en el baño no pude reconocerme frente al espejo, la fiesta de la noche anterior me había superado y tenía una resaca demencial. Lentamente me fui incorporando, esnife un par de líneas, me tomé una cerveza y ya estaba listo para trabajar. Al volver al cuarto me encontré con un bulto carnoso que descansaba sobre mis sábanas, sin saber quién era decidí dejarla descansar allí mientras salía el sol o mientras hacía memoria para recordarla.

De mi trabajo no hay mucho que decir, salvó que por mi resaca no había caído en cuenta que era demasiado temprano para trabajar, el cielo aún estaba oscuro... Ya la pólvora no resplandecía. Ya había esnifado por lo cual dormir no era una opción viable, me senté en la cama tratando de hacer memoria ¿cómo había llegado? ¿Quién era ella y cómo logré traerla a mi cama? y por último ¿por qué carajos tiraron voladores?

Lentamente, y como la pólvora, vinieron a mis pequeños destellos; luces intermitentes de recuerdos que parecían lejanos. Estuve en el bar de siempre, los rostros familiares me lo confirmaban, el amargo sabor de mi boca me decía que había tomado la misma cerveza y el aroma de mi ropa indicaba que había fumado los Piel Roja de toda la vida.

Al parecer en mi memoria no había nada fuera de lo común, la noche parecía haber transcurrido sin sobresaltos, pero por ningún lado de mis recuerdos aparecía esta mujer que ahora yace sobre mi cama.

Prendí un Piel Roja y me pare al lado de la ventana, la noche empezaba a aclarar y sobre las montañas de los barrios marginales salía el sol. La observé con detenimiento, sus cabellos negros descansaban apacibles sobre la almohada y la palidez de su piel se confundía con la blancura mis sábanas. Sin embargo, no podía ver su rostro, pero si una perfecta espalda y unas exquisitas nalgas.

Aquella escena me fue revelando más secretos, ahora recordaba quién era ella y que esta no era mi casa - los apartamentos en este edificio son todos iguales - la noche anterior por descuido, o tal vez por azar, o por un

deseo descomunal e inconsciente, termine timbrando en el apartamento de mi vecina del frente que porqué ella me abrió, no lo sé, pero probablemente también me deseaba. Ahora que todo era un poco más claro sentí confianza para nalguearla. No obstante, en lugar de hacer eso, empecé a recorrer sus piernas - que estaban raramente frías - luego pasé mi mano por su vientre y jugué con sus senos esperando una reacción que no llegó. Me excitaba el misticismo de su rostro tapado, me pose sobre su cuerpo, a la altura del pecho - era en verdad una mañana fría - ella estaba apenas tibia. Mi pene encajaba justo en medio de sus senos y de pronto sentí la insoportable necesidad de eyacular sobre ellos. De manera que los tome con las manos, los apreté tan fuerte como pude y termine usándolos como una vagina de remplazo.



En el ir y venir de mi cadera sobre sus carnes su rostro se fue apareciendo entre los cabellos. Sus ojos estaban perfectamente cerrados, su nariz aguileña me encantaba y sus labios carnosos me invitaron a besarla. Sin embargo, mientras me acercaba pude ver como de su oído izquierdo nacía un pequeño río de sangre. Y yo que estaba a punto de terminar aquella masturbación demencial, di un pequeño salto por el asombro y termine eyaculando sobre su cara, el semen resbalo por su mejilla y termine mezclándose con la sangre que allí había, dejando un espeso liquido rosado que me indicaba que está muerta quizás era mía.